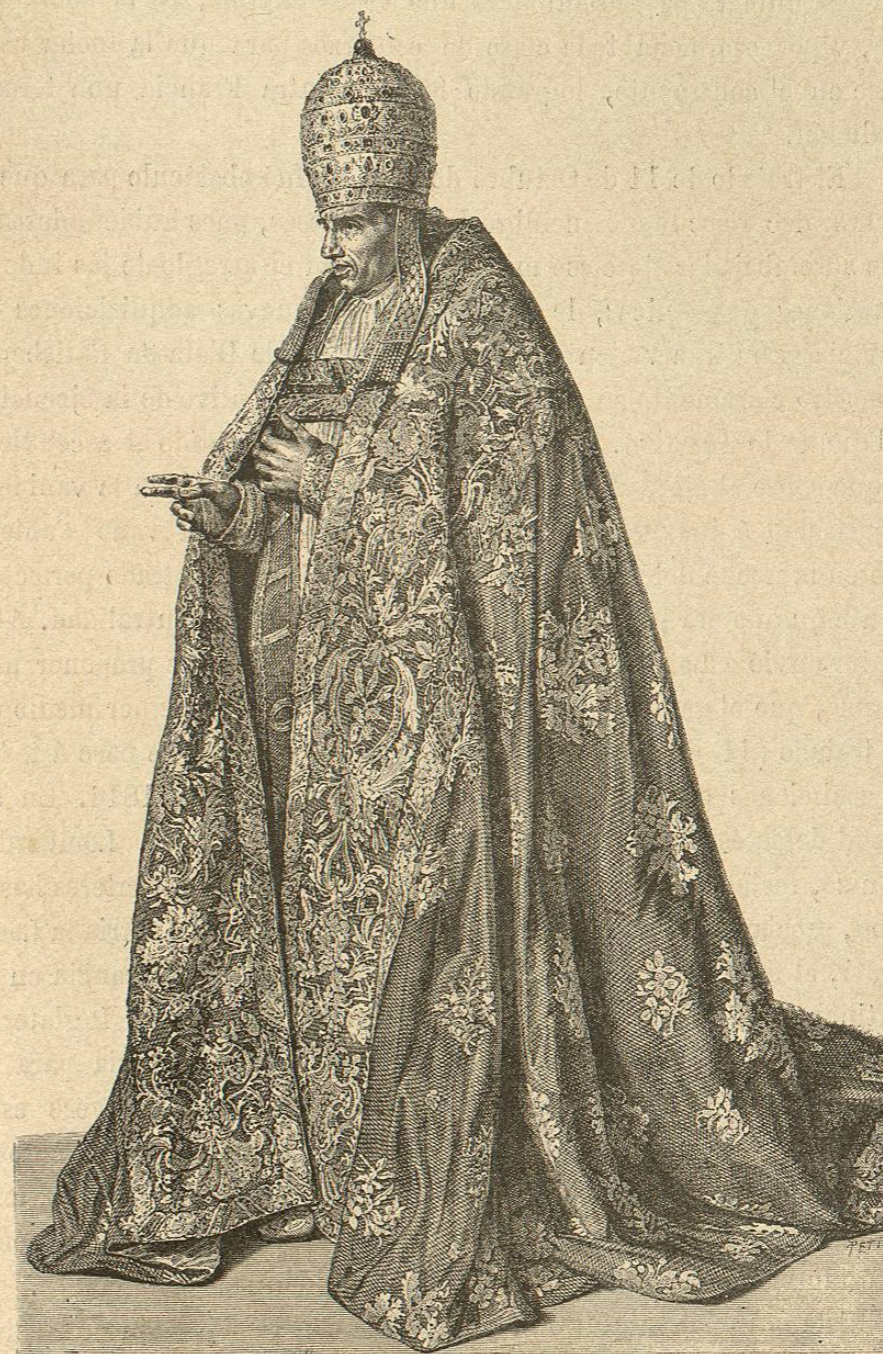


ciones permitían concebir, Napoleón comprendía perfectamente la inmensa gravedad de su plan, y hasta trató de substituirlo por otro, en Marzo de 1805, tan perjudicial sin duda para Inglaterra como la invasión de su propio territorio: tal era el de sublevar las Indias contra su dominación, restableciendo la supremacía demasiado efímera de Francia.

Ya en 1802 había enviado al Indostán al general Decaén con el encargo de estudiar el país é informarse plenamente, sin infundir recelos á los ingleses, de los recursos que ofrecía y de las probabilidades que pudiese haber de insurreccionarlo contra el yugo británico en caso de que la paz de Amiéns no fuese duradera. Decaén entró luego en relaciones con los Mahratas, el más poderoso de los pueblos del Indostán y el más hostil á los ingleses. Después de serias investigaciones escribió á Bonaparte diciéndole que, con una división de 6.000 hombres y el conveniente material de guerra, podía destruirse el poderío inglés en la India. Pero Napoleón no quería ir á la ventura y contaba con enviar á Decaén un ejército de 30.000 hombres por lo menos. Esta empresa no era vana quimera, pues disponiéndose como se disponía de tropas organizadas y preparadas á embarcarse en todos los puertos en donde había escuadras, Tolón, Cádiz, Ferrol, Rochefort, Brest y Texel, podía Napoleón cuando se le antojara mandar una expedición, sin que los ingleses tuviesen noticia de ella y sin que pudiesen adivinar ni su importancia ni su destino. Por otra parte, el proyecto de invasión en Inglaterra tenía, además, la inmensa utilidad de absorber por completo su atención. Esta extraordinaria empresa tenía, pues, grandes probabilidades de éxito. Pero ¿por qué correr la ventura, por favorable que fuese, de tan lejana empresa, cuando á unos kilómetros de las costas francesas se podía herir á la Gran Bretaña en su mismo corazón? ¿Por qué amenazar á Calcuta cuando en breves horas podía llevarse el espanto á la misma Londres? Este golpe era más rápido, más decisivo; por esto Napoleón se inclinó decididamente al proyecto de invasión en Inglaterra (Marzo de 1805).

En los últimos meses de 1804, los almirantes Villeneuve, Misssiessy y Ganteaume comenzaron á ejecutar las órdenes que habían recibido del Emperador. Inglaterra era presa de la más viva inquie-

tud, y si bien sus escuadras parecía que paralizaban completamente



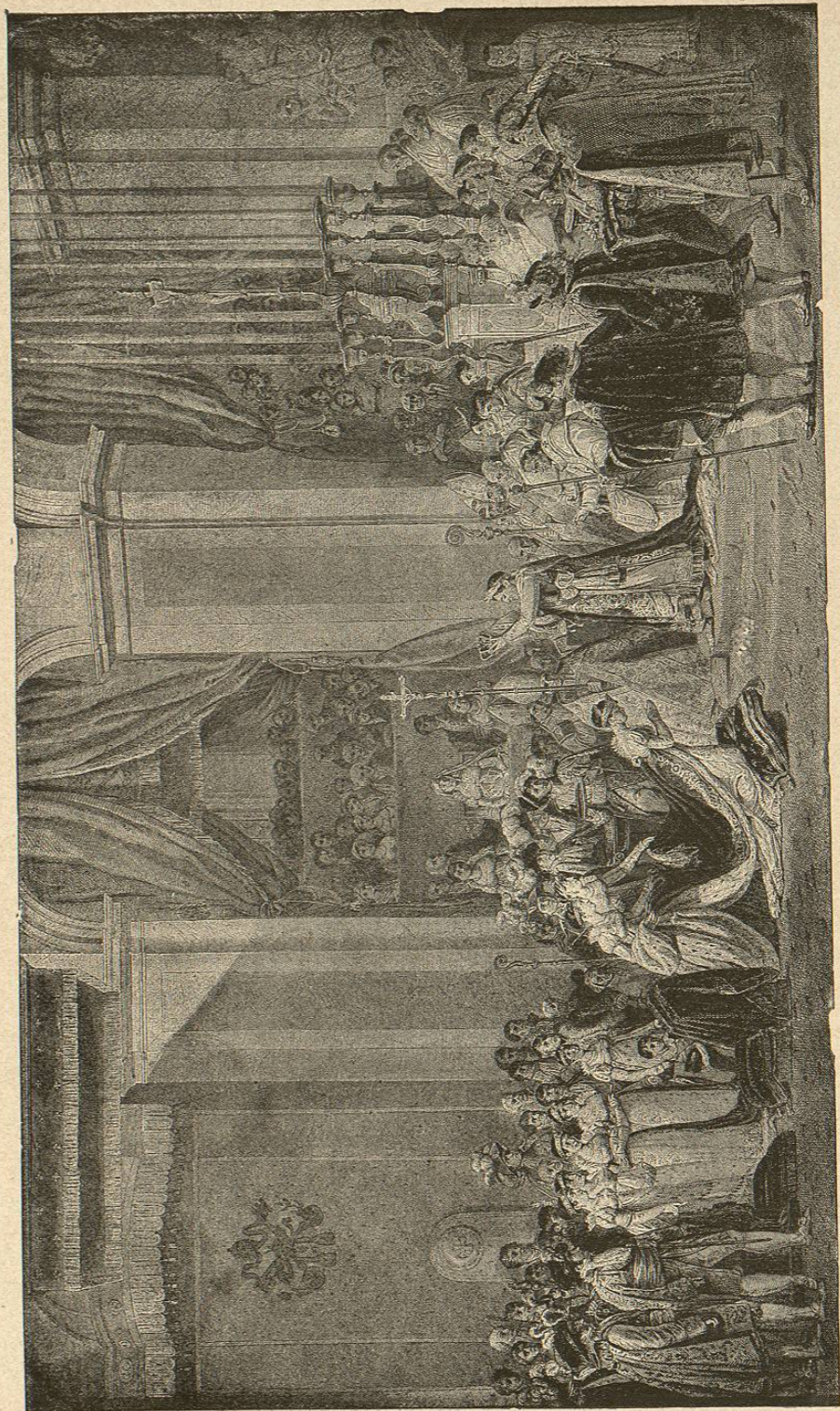
El Papa, revestido de los hábitos pontificales, en la ceremonia de la consagración. (Dibujo de Isabey y Percier)

las fuerzas marítimas enemigas, se esperaba sólo una ocasión favorable para que la escuadra francesa llegase de pronto á la Mancha y abriese

el paso del estrecho al ejército acampado en Boloña. La aristocracia inglesa hubiera pasado entonces una crisis terrible; así lo comprendía, y por eso hacía toda clase de esfuerzos para que la lucha estallase en el continente, logrando formar contra Francia una tercera coalición.

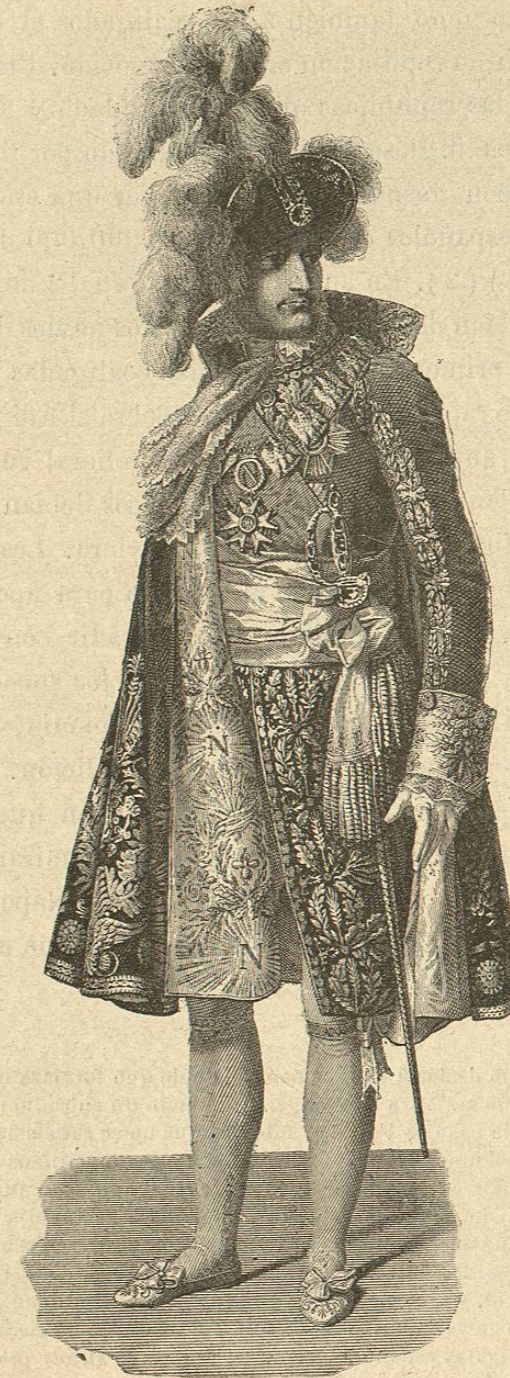
El tratado de 11 de Octubre de 1801 no fué obstáculo para que el Czar se declarase luego enemigo de los franceses, pues hubiera deseado que su embajador ejerciese más influencia en el arreglo de las indemnizaciones germánicas, le molestaban las nuevas adquisiciones de Francia y en una violenta nota que dirigió á la Dieta de Ratisbona, demostró claramente su profundo disgusto con motivo de la ejecución del duque de Enghién. El Czar estaba entonces sometido al ascendiente que sobre él ejercían algunos jóvenes que «tenían toda la vanidad, entusiasmo é inexperiencia propias de su edad.» En vano Pahlen, que en la noche del 24 de Marzo de 1801 había demostrado perfectamente que no era por cierto timorato, aconsejaba la neutralidad. Alejandro envió á Londres un delegado suyo con el fin de proponer una alianza, que el gabinete británico se apresuró á ultimar por medio de un tratado (11 de Abril de 1805) que sirvió después de base á todas las coaliciones que se formaron contra Francia hasta 1814. En su virtud debía esta nación abandonar el Hanover, Nápoles, Lombardía y Suiza, restablecer el reino de Cerdeña, retrotraer sus fronteras hasta Lyon, proclamar la independencia de Bélgica, ceder al Austria la Lombardía, el dominio de los mares á Inglaterra, la preponderancia en el continente á Rusia y quedar aislada del resto de Europa. Inglaterra se comprometía á pagar 200.000 libras esterlinas á Rusia para el sostenimiento de un ejército de 100.000 hombres. Concluyóse este tratado sin que Napoleón, que había retirado de Londres á su embajador, Hedouville, después del proceso del duque de Enghién, tuviese la menor noticia del mismo. Francisco I, emperador de Austria, concertó también con Inglaterra otro tratado en idénticas condiciones.

Esta coalición adquirió mayor fuerza con la adhesión de Gustavo IV, rey de Suecia, quien se había negado á reconocer á *M. Bonaparte* y creía ver en él *la bestia del Apocalipsis*, comprometiéndose á enviar 20.000 hombres á Pomerania. La corte de Nápoles, tan pérfida como siempre, estaba secretamente de acuerdo con los enemigos de



Coronación del emperador Napoleón y coronación de la emperatriz Josefina en la catedral de París (2 de Diciembre de 1804). (Cuadro de David, grabado de Feilley, Museo del Louvre).
 El rey de Nápoles. El arzobispo de París. La madre del Emperador. El cardenal Braschi. El arzobispo de París. El príncipe de Neuchâtel. El cardenal Fesch.
 Los Chamberlanes. La princesa Junot. La reina de Nápoles. Moncey. Serurier. El cardenal Braschi. El archiepiscopo. El príncipe de Benavente. El virrey de Italia.
 Durco. (Aun cuando la madre del Emperador esté representada en el cuadro, no asistió á la ceremonia). El archicanciller.

Francia, al propio tiempo que obtenía la evacuación de su territorio



El Emperador en traje de corte. (Dibujo de Isabey y Percier)

por las tropas francesas bajo la condición de mantener su neutralidad. Prusia persistía en su política neutral, que tanto la había favorecido: